

Matute, E. y Romo, R. M. (coords.) (2001). *Los retos de la educación del siglo XXI*, Guadalajara: Universidad de Guadalajara .

RESEÑADO POR GUILLERMINA WALDEGG*

Panorama del estado actual de la educación

EL LIBRO *Los retos de la educación del siglo XXI*, coordinado por Esmeralda Matute y Rosa Martha Romo, nos ofrece un análisis de los problemas más variados a los que se enfrenta la educación actual. Problemas que, si bien no son privativos de México, sí se manifiestan con preocupante intensidad en nuestro país. Se trata de asuntos que van desde las políticas nacionales hasta la realidad del aula, pasando por temas tan delicados como los compromisos éticos de la escuela. Los distintos actores y factores de la educación son analizados por diversos especialistas que nos ofrecen puntos de vista diferentes pero complementarios, de manera tal que, en su conjunto, el texto propone una visión integral de la educación, inmersa en una realidad que se antoja a veces opresiva y caótica.

En el primer apartado, que reúne los ensayos de Susan Street (“Magisterio y escuela pública: repensando los compromisos ante la agenda conservadora”) y Margarita Noriega (“Globalización, modelo de desarrollo y reformas educativas”) se argumenta sobre cómo las políticas educativas del país pueden ser explicadas desde la óptica de la racionalidad económica neoliberal. La reducción, en términos reales, del gasto público educativo; los estímulos y rendición de cuentas basados en evaluaciones individuales para maestros, académicos y directivos así como el desmembramiento de los sindicatos, adquieren significado cuando se les mira desde la óptica de

* Profesora-investigadora del Centro de Investigación y de Estudios Avanzados, CINVESTAV , CE: gwaldegg@data.net.mx

un Estado que busca lograr la eficiencia y la productividad para ser competitivo en un mundo de mercados liberados.

Ante los supuestos (y anunciados) cambios que arribarían al estrenar siglo y milenio, Susan Street se pregunta en qué consisten los avizorados para la escuela. La autora pone el foco de su crítica en el modelo neoliberal que modifica la función educativa del Estado como “formador de ciudadanía”, por la de “regulador del mercado”.

Street prefiere hablar de “ruptura” y no de “nueva realidad educativa” para hacer evidente lo que, para la autora, es el desmantelamiento del pacto social que sostuvo al “Estado educador”, basado en una visión de la educación como derecho universal, por la paulatina construcción de una racionalidad neoliberal centrada en las capacidades individuales que dejan fuera de la explicación diferencias y desigualdades sociales. El Estado se retira de su compromiso social de educar para que el individuo asuma los retos y los compromisos formativos de su vida.

Ante esta reconversión del Estado, la autora propone una reformulación de las funciones democratizadoras del magisterio que haga frente a los dos procesos principales de la reconversión: la *privatización* y la *regulación*. La primera, entendida como la tendencia a la diversificación de las fuentes de financiamiento, la multiplicación de agencias reguladoras, controladoras y evaluadoras y la desestatación de las instancias legítimas en la organización del servicio educativo; y la segunda (*regulación*), consistente en la aplicación de sistemas de incentivos, relacionada con la austeridad salarial, con las baterías de exámenes a maestros y alumnos y con la “nueva cultura de la evaluación”.

La autora concluye su ensayo enunciando una prioridad en la agenda de la investigación educativa: conocer estos procesos de reconversión del Estado de manera profunda y exhaustiva como única vía para reconstruir la función social fundamental del gremio magisterial.

En el mismo tenor, Margarita Noriega pone en el centro de su análisis el modelo de las reformas educativas como un medio para cumplir las prescripciones del Banco Mundial, cuya finalidad es la racionalización del gasto social y, con ello, la actualización de la agenda neoliberal. La autora nos recuerda que el Banco Mundial recomienda:

- Para los niveles básicos, prioridad en el gasto educativo y gratuidad (incluidos costos compartidos con comunidades) para las familias más pobres. De ahí, los programas como Solidaridad y Progresá
- Para la enseñanza superior, que las instituciones recuperen los costos mediante préstamos o impuestos diferidos, o por la proliferación de las instituciones privadas.

Es fácil corroborar que estas recomendaciones han sido puntualmente seguidas en nuestro país, con costos sociales considerables.

Noriega pone el dedo en la llaga al señalar que la pobreza, efecto perverso de la globalización y de las políticas neoliberales, alcanza cifras que van del 46 al 74% de la población del país (según sea la definición que se elija). El modelo de desarrollo, basado en la economía de mercado, contiene mecanismos eficientes de exclusión que se manifiestan sensiblemente en las oportunidades educativas de la población.

Los sujetos de la educación ante la nueva realidad educativa son el tema tratado en el segundo apartado del libro que reúne los trabajos de Manuel Gil (“Los académicos mexicanos en las últimas décadas del siglo veinte”), Silvia Ayala (“La deserción escolar ¿un callejón sin salida?”) y Ángel Pérez (“La escuela educativa en la sociedad neoliberal”). Alumnos, maestros y escuela son puestos bajo la lupa del analista para explicar los rasgos distintivos de estos sectores en función del entorno económico, político y social que determina la realidad del nuevo siglo.

Manuel Gil habla, desde su posición de experto en el tema, de las condiciones de emergencia de la profesión de académico en México

durante la segunda mitad del siglo XX. Ante un crecimiento acelerado de la matrícula de educación superior, cuya primera manifestación se dio en las décadas de los setenta y ochenta, Gil Antón reflexiona sobre las nuevas demandas de crecimiento de la matrícula, alertándonos sobre el riesgo de repetir los errores cometidos durante la primera expansión.

Aunque las demandas de crecimiento de la matrícula de educación superior han sido motivadas por modelos de desarrollo claramente distintos, sus efectos pueden ser comparables. En la década de los setenta, los anhelos de industrialización del país ejercieron presión para la creación de instituciones tecnológicas cuyo énfasis estuviera puesto en la formación de cuadros de profesionales técnicos e ingenieros, vinculados con desarrollos industriales regionales (los institutos tecnológicos regionales). Esto tuvo como efecto no previsto el surgimiento de una planta académica improvisada, entre cuyos planes profesionales no estaba considerando el de la docencia y tuvo que formarse sobre la marcha, a ritmos acelerados, sin vocaciones ni formaciones.

El modelo de desarrollo neoliberal, patrocinador de la llamada *sociedad del conocimiento*, impone hoy día un nuevo crecimiento acelerado de la matrícula de educación superior sobre supuestos diferentes; ahora, el modelo exige el crecimiento con el fin de formar los cuadros especializados en el manejo de la información y en los servicios altamente tecnologizados. Esta demanda ejerce una nueva presión sobre la planta académica (que incluye ahora a las universidades privadas, según nos hizo ver Noriega en el capítulo anterior), y que puede reproducir los mismos efectos indeseados del pasado. Nuevamente nos encontramos ante una exigencia de crecimiento acelerado de una planta docente que todavía no se alcanza a definir a sí misma y a la que, adicionalmente, se han impuesto nuevas obligaciones: debe cumplir con tareas de investigación y contar con diplomas de posgrado. De nueva cuenta, podemos estar promoviendo y justificando la improvisación en las esferas más altas de la estratificación escolar.

La problemática de los otros sujetos de la educación, los alumnos, es puesta en la mira del análisis por Silvia Ayala en su estudio sobre

las causas que producen la deserción escolar en los niveles medios de enseñanza. De cara a las evidencias estadísticas del rezago educativo, que muestran la disminución sensible de la matrícula al pasar de un ciclo escolar al siguiente, la autora revisa algunos encuadres teóricos que buscan explicar el fenómeno. Sin embargo, ante perspectivas teóricas unidimensionales y, por lo tanto, reduccionistas, Ayala ofrece una explicación multifactorial sostenida por la evidencia de un estudio cualitativo de las causas de la deserción, llevado a cabo en una zona urbana jalisciense.

Sorprendentemente, la causa principal de la deserción no parece ser, como podrían sostener las tesis anti-neoliberales, las condiciones de pobreza o marginación de las poblaciones económicamente deprimidas, sino la poca pertinencia y significación que tiene la escuela secundaria para los jóvenes pertenecientes al rango de edad correspondiente. La tesis de la “escuela expulsora” encuentra, en el estudio de Ayala, una evidencia empírica más que la sustenta, y que se torna un punto crucial de decisión en un momento en el que, desde las instancias gubernamentales federales, se propone una revisión profunda de los fines y medios de este nivel educativo.

La responsabilidad social de la escuela en una época en la que los valores se encuentran convulsionados, es el tema al que apunta Ángel Pérez, desde una España subsumida en la Europa comunitaria. Pérez caracteriza la sociedad de la información enunciando una serie de rasgos que definen el comportamiento de individuos y colectividades: sobreinformación y desinformación; primacía de la economía financiera sobre la productiva; nuevas formas de ciudad, comunidad, espacio y tiempo modeladas por las tecnologías de comunicación e información; predominio de la lógica comercial en la comunicación de masas, relativización de las tradiciones locales, instituciones y valores.

Estos rasgos determinan las tendencias valorales que enmarcan los procesos de socialización. El autor identifica al menos seis de ellas:

- 1) Eclecticismo acrítico y amoral.
- 2) La información como fuente de riqueza y poder.

- 3) Individualismo exacerbado y conformismo social.
- 4) Obsesión por la eficiencia.
- 5) Primacía de la cultura de la apariencia.
- 6) Emergencia de movimientos alternativos.

Ante la subversión de los valores, el autor se pregunta cómo es que la escuela puede lograr la enculturación y socialización del niño y del joven a través de su individualización. La respuesta se da en una propuesta pedagógica que dé sentido a los contenidos escolares, en función de su pertinencia y pertenencia a una visión propia de la vida, que rompa la esquizofrenia producida por la dicotomía entre conocimiento escolar (cuya utilidad está definida sólo en función de una nota o un certificado) y conocimiento cotidiano (cuyo valor se mide en términos de supervivencia y adaptación social).

El artículo de Ángel Pérez da pie al análisis de propuestas puntuales de intervención en el aula, tratadas en la siguiente parte del libro, titulada “Modelos mentales, representaciones espontáneas y teorías implícitas”, conformada por los artículos de Arnay (“Modelos mentales, cultura escolar y cambio educativo”) y Waldegg (“Los nuevos modelos para el aprendizaje de las matemáticas y la gestión escolar”). En estos textos se analiza la necesidad de modificar las prácticas escolares en función de las nuevas demandas planteadas a la educación (en el primero) y, las posibilidades reales de modificarlas (en el segundo).

José Arnay hace un recorrido epistemológico que abarca la segunda mitad del siglo XX, revisando los distintos marcos explicativos del pensamiento humano. El autor, con el análisis de los primeros modelos estructurales y rígidos del pensamiento, revisa en su recorrido la permanente búsqueda de un formato que permita describir la mente humana; búsqueda enfocada inicialmente en unidades de procesamiento (como conceptos, categorías, esquemas) y desemboca en una propuesta teórica basada en la hipótesis de las representaciones mentales: las teorías implícitas y los modelos mentales. De ahí, el autor propugna por un constructivismo episódico, de

carácter situado, que permita explicar y provocar la evolución del conocimiento escolar.

En el siguiente artículo, del cual no voy a hablar mayormente, trato de mostrar las dificultades de llevar al aula un modelo constructivista, cuando éste implica una modificación profunda de las prácticas escolares.

Fernando Leal Carretero y Rosa Martha Romo encaran, en la parte cuarta del libro, algunas reflexiones metodológicas y epistemológicas sobre la educación. Leal Carretero (“El diálogo socrático como método de investigación de las teorías implícitas”) argumenta sobre las coincidencias entre la propuesta didáctica que subyace al encuadre de las teorías implícitas para la enseñanza de las ciencias, y los diálogos socráticos. Y sugiere, una fórmula de investigación de las primeras basada en los segundos, a la manera de Sócrates en el *Menón*, cuando escudriña en la mente del esclavo y lo lleva a “descubrir” un teorema matemático. El autor hace una cuidadosa cirugía del desarrollo del diálogo socrático proponiendo, a partir de ahí, un modelo para explorar las creencias más arraigadas en la mente del lego e identificar la manera cómo estas creencias dificultan el acceso a los sistemas de pensamiento formalizados. Con la mirada educada del filósofo, el autor enriquece los acercamientos didácticos prácticos.

Rosa Martha Romo, en su artículo “Los académicos y la institución”, regresa al tema de la profesión de docente universitario con una mirada que enfatiza el proceso de institucionalización. El ensayo de Romo propone un acercamiento metodológico para el estudio de los académicos con base en la articulación de las trayectorias individuales y las institucionales. La propuesta metodológica, admite la autora, además de enfrentar la dificultad de análisis de diversas temporalidades, encara la complicación de escudriñar en diferentes dimensiones: sociales, institucionales, personales y de prácticas profesionales. No obstante, el modelo es potencialmente una manera privilegiada de entender y explicar la consolidación de la profesión, de cara a las exigencias impuestas a las instituciones de educación superior por un modelo de desarrollo neoliberal.

La quinta y última parte de este volumen está dedicada a un asunto de gran actualidad, que surge de la consideración de las nuevas tecnologías (como la computadora) frente a las no tan nuevas (como el libro). “El valor del libro en la educación del siglo XXI”, analiza los espacios asociados, tradicional o innovadoramente, a las prácticas de lectura y escritura: el libro, las bibliotecas y ahora, las computadoras.

En el primero de estos tres ensayos, cuyo autor es José Gimeno Sacristán (“La experiencia de leer: formas de socialización cultural a través de la lectura”), se analizan los diferentes modos de leer: en función del propósito, del contexto, de los intereses y motivaciones, de la actividad propuesta, de las circunstancias personales o colectivas, del tipo de texto y del formato.

Revisa, entonces, las maneras institucionales básicas de leer: en las escuelas y en las bibliotecas; estas formas han sido generadas a través de historias particulares y tradiciones culturales y constituyen fuertes referentes de hábitos perdurables en los lectores, que se proyectan en otros contextos.

Sin embargo, argumenta el autor, los dos modos institucionalizados representan opciones drásticamente distintas. La lectura en contextos de enseñanza está más ligada a tareas impuestas y actividades estructuradas, programadas desde fuera del sujeto; en tanto que la asociada con una biblioteca tiene más posibilidades de ser autopromovida y autocontrolada.

Sacristán termina su texto con un recorrido por el devenir histórico de la biblioteca como centro del conocimiento: desde los monasterios medievales hasta las hipermodernas bibliotecas virtuales, reivindicando, en todo momento, el valor de la institución.

Judith Kalman (“Las prácticas de lectura y escritura frente a las nuevas tecnologías de comunicación e informática”) analiza las viejas prácticas de lectura y escritura frente a la irrupción de la computadora, primero, como tecnología informática y, después, como mediadora de la comunicación. Kalman nos invita a no confundir la lengua escrita con sus formatos, y a analizar los aspectos

de la evolución que va de la página de papel a la pantalla de la computadora, para así pensar en la transformación y continuidad de la cultura escrita, más que en rupturas o prácticas desarraigadas.

La autora nos lleva por un recorrido sobre los diferentes significados que han tenido las prácticas de lectura y escritura en diferentes contextos, concluyendo que éstas son el resultado de su uso y evolución a lo largo de mucho tiempo.

Después de una rica argumentación, Kalman concluye que el problema educativo central no se reduce a la disyuntiva entre página o pantalla. El desafío consiste en garantizar un mejor acceso a la cultura escrita para formar lectores críticos y versátiles, y escritores creativos y competentes, que puedan desenvolverse adecuadamente, independientemente del formato en el que lo hagan.

El último ensayo del libro, de María Alicia Peredo Merlo (“El mito de la lectura asociada al libro”) analiza la relación acrítica que existe entre “cultura” y “libro”. La autora nos ofrece un recorrido por las distintas formas de leer en función no sólo de las estructuras lingüísticas, sino de las distintas funcionalidades y valoraciones, finalizando con una tipología del lector.

Con base en una investigación empírica, la autora rastrea el origen del mito que asigna al libro el monopolio de la “lectura culta”. Este mito parece situarse, precisamente, en las prácticas escolares. La gente identifica su actividad lectora solamente con los libros, ignorando las prácticas cotidianas que suponen nuestra inmersión en un ambiente totalmente dominado por la alfabetización.

El libro, en suma, ofrece un panorama rico del estado actual de la educación, no porque dé soluciones a sus problemáticas, sino porque nos muestra una manera de verlas y analizarlas, lo que potencialmente aumenta las posibilidades de entenderlas y actuar, sobre ellas, en consecuencia.